«Cien años de soledad»: *Crónica de Indias*

Iris M. Zavala*

* Desarrollo aquí observaciones abreviadas en un artículo con el mismo título aparecido en *Insula,* septiembre de 1970.

En 1936 Juan Ramón Jiménez decía en prólogo a una antología de poesía cubana que en América todo movimiento literario, especialmente las escuelas modernistas, habían fracasado «porque aquí [en América] no hacía falta ningún modernismo siendo todo nuevo, ya que lo viejo no lo era propiamente». El tiempo es aquí asincrónico, el espacio asimétrico; América, concluye Juan Ramón, «tiene todo su tiempo en sí misma» [1]. Ésta es la visión que Gabriel García Márquez nos da de Hispanoamérica. La mira con ojos de cronista y descubridor; en cierto sentido podríamos decir que *Cien años de soledad* es una nueva «crónica de Indias».

Como don Quijote, que enloqueció leyendo libros de caballerías, García Márquez trastorna la realidad americana después de haberse nutrido de la fantasía poética de cronistas y viajeros. La literatura de viajes muestra notable afición a lo maravilloso y extraordinario. Los diarios, crónicas y relaciones de conquistadores y colonizadores abundan en descripciones de países y gente fabulosos e imaginarios, confundiendo verdades y mentiras, y utilizando todos los elementos que ofrecen el lugar común, lo cotidiano, la historia, la geografía, la literatura, el mito. Esta literatura geográfica describía lo irreal de los pueblos lejanos, habitados por gigantes, llenos de animales descomunales y de monstruos híbridos.

La descripción es metáfora; toda noticia se vuelve aquí extravagante, pero sobre todo el hombre. Cronistas, conquistadores, misioneros, transforman los hombres en engendros descomunales o le conceden características humanas a las aves y animales. Vespucio llama a los indígenas «animales racionales» [2], mientras López de

---

[1] He utilizado la edición de Sudamericana, Buenos Aires, 1967. El trabajo de Juan Ramón Jiménez citado se encuentra en *La poesía cubana en 1936*, La Habana, 1937, p. XVIII.

[2] Cf. Américo Vespucio: *El Nuevo Mundo. Cartas relativas a sus viajes y descubrimientos*, Buenos Aires, 1951. p. 147.

Gómara engorda a los españoles que se aposentaron en el Río de la Plata con «peces puercos y peces hombres» [3]. Estos últimos, dice, «muy semejantes en todo al cuerpo humano». Pinzón llevó a España animales sumamente fieros de Brasil, entre ellos «uno que tenía el cuerpo y el hocico de zorro, las ancas y pies traseros de jimia, los delanteros semejantes al hombre» [4]. El hombre adquiere en América proporciones míticas: aparece siempre como un gigante o como un ser casi-vegetal o casi-animal, imposible de modificar. El continente es un mundo mágico del cual ni el conquistador se salva. Llegado allí es otro ser nuevo, solitario, y entra en un nuevo proceso regresivo, que lo va llevando atrás, siempre más atrás, hacia un estado primario. ¿Creería efectivamente el obispo Lué de Buenos Aires que los conquistadores y pobladores habían procreado carneros y no hombres en América? En el Cabildo abierto se lamentaba de que los hijos del conquistador se multiplicaran por los campos, sin transformar en sustancia humana su alimento [5]. Cristóbal Colón habla de islas donde sólo hay mujeres y, lo que es aún más curioso, en carta a Luis Santángel, escribano de Sus Majestades, menciona dos islas, Cibán y Anán, cuyos habitantes nacían con cola de animal [6]. Vespucio expresó también su desconcierto en hipérbole y fábula; la isla de Curazao está, según él, poblada de Pentesileas y Anteos, mientras que en otra isla del Caribe describe una serpiente como del tamaño y forma de un cabrito montés [7].

Lo descomunal, la metáfora, son los únicos medios de describir una realidad tan extraña como elusiva; literatura y fábula se encuentran en una tierra poblada de imágenes donde todo se vive como un sueño, o como un libro, en múltiples variaciones. Un truhán puede llamarse aquí «Cervantes el loco» [8] y un ave lentísima «Perico ligero», bautizada con un nombre al revés de su ser [9].

No es de extrañar la admiración de García Márquez por este tipo de literatura. En ocasiones ha hecho referencia a Pigafetta, el navegante italiano que acompañó a Magallanes en su viaje alrededor del mundo entre 1519 y 1522, autor de un tratado de navegación que

---

3 Cf. *Historia general de las Indias,* Barcelona, 1965, p. 158.

4 Cf. *Exploradores y conquistadores de Indias. Relatos geográficos,* Madrid, 1964, p. 72.

5 Citado por Ezequiel Martínez Estrada: *Radiografía de la pampa,* Buenos Aires, 1933, p. 28.

6 Cf. Martín Fernández de Navarrete: *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV,* BAE, vol. 75, p. 178.

7 *Ibid.,* 143.

8 Bernal Díaz del Castillo: *Historia de la conquista de la Nueva España,* México, 1966, p. 30.

9 Gonzalo Hernández de Oviedo: «Historia natural de las Indias», en *Exploradores...,* p. 85.

se abre con la frase de Ptolomeo «la tierra es redonda», a lo que añadirá José Arcadio Buendía, «como una naranja». Colón no fue menos ingenioso: la tierra es para él redonda, «salvo allí donde tiene el pezón», descripción que la acerca más a la pera [10]. Para los conquistadores la idea de la redondez de la tierra adquiere significación concreta en el Nuevo Mundo. Vespucio perdió el sueño muchas veces al cruzar la línea equinoccial, deseando ser el «autor que señalara la estrella del Firmamento del otro polo» [11]. En su desvelo, recuerda aquellos versos de Dante, cuando finge salir del hemisferio Norte y quiere describir el polo Antártico:

> Y a la derecha vuelta, alcé la suerte
> al otro Polo, y vide cuatro estrellas
> que sólo vio la primitiva gente.

En su *Historia natural y moral de las Indias* de 1590, José de Acosta se hace eco de la experiencia y certeza de otros viajeros, cuando afirma la redondez de la tierra:

> La vemos con nuestros ojos los que vivimos en el Pirú, harto más manifiesta por la experiencia de lo que nos pudiera ser por cualquier razón y demostración filosófica. Porque para saber que el cielo es redondo y que ciñe y rodea por todas partes la tierra, y no poner duda en ello basta mirar desde este hemisferio aquella parte y región del cielo que da vuelta a la tierra, la cual los antiguos jamás vieron. Basta haber visto y notado ambos dos polos, en que el cielo se revuelve como en sus quicios... [12].

No debe sorprender, pues, que el patriarca Buendía haga el mismo descubrimiento con la experiencia y la observación como únicos instrumentos. Teoría y práctica fueron los tirios y troyanos de navegantes y marinos, quienes debieron reprobar las especulaciones de filósofos y teólogos, arriesgándose en la empresa. Vespucio, siempre optimista y triunfante, le escribía a Lorenzo de Médici: «Más vale la práctica que la teoría» [13]. El italiano perdió el sueño y, según cuenta, abrevió su vida diez años, tratando de descifrar la longitud, abrasado por la misma fiebre de astrolabios e imanes que el viejo Buendía.

En *Cien años de soledad* aparecen entretejidas otras historias y otras conquistas. Se menciona, por ejemplo, a Sir Francis Drake, el viajero inglés que circunnavegó el mundo en 1577. En su visita a Marruecos, Drake narra sorprendido cómo los habitantes comer-

---

10 Martín Fernández de Navarrete: *Op. cit.*, p. 213.
11 Vespucio, *Op. cit.*, p. 103.
12 Cf. la edición del Fondo de Cultura Económica, México, 1967, p. 17.
13 Vespucio, *Op. cit.*, p. 107.

cian con el hielo, que venden en los mercados para mezclarlo con vino y otras bebidas [14]. Tampoco el coronel Aureliano Buendía olvidaría aquella tarde en que conoció el hielo. En otras ocasiones García Márquez ha expresado su conocimiento y deuda del conde de Keyserling y Alexander von Humboldt. En Keyserling, o von Graff, como prefiere llamarlo utilizando el segundo apellido para confundir al lector, pudo haber leído una descripción de un mundo en evolución; una tierra detenida en el umbral de las edades antropológicas, donde crecen las plantas y crece la vida tan pronto como se les permite. Para el alemán esto es Kilanea [15], pero esta creación del mundo concebido como mito, bien pudiera ser la ciénaga grande, cerca de Macondo. Y ¿leería en Bernal Díaz del Castillo [16] aquella descripción sobre el pantagruélico banquete del virrey Antonio de Mendoza al Marqués del Valle? Allí se estuvieron más de 300 caballeros y más de 200 señoras «desde que anocheció hasta dos horas después de medianoche», mientras los comensales daban voces que no podían estar más en las mesas, y otros se acongojaban con cada nuevo plato. Sus ecos nos llegan en el torneo gastronómico entre Aureliano Segundo y Camila Sagastume, hembra totémica que llevaba el apodo de «La Elefanta», en el que casi pierde la vida el primero.

Tampoco son ajenos al despilfarro americano la longevidad de sus naturales, lujuria de sus mujeres y la voracidad sexual de los hombres. Vespucio anota que en el Nuevo Mundo la gente vive muchos años y que conocieron allí muchos hombres que tienen hasta cuatro grados de descendientes [17]. El navegante calcula que vivían 150 años; Úrsula llega a los 130. En otra ocasión Vespucio se queda perplejo y deslumbrado ante los tatuajes de ciertos indígenas y las malas artes de sus mujeres que deformaban brutalmente el sexo de sus amantes [18]. Descomunal y subyugante será el cuerpo tatuado de José Arcadio, el primogénito, mientras la sed de la lujuria invade a Petra Cotes y a Pilar Ternera.

La literatura de ficción se venía aprovechando de estas leyendas geográficas; en las novelas de caballerías encontramos continuas reminiscencias literarias de los descubrimientos [19]. Tal es el caso de *Primaleón,* que en edición tardía incorpora el viaje de Magallanes, y narra las aventuras de Palantín con el monstruo Patagón, ante

---

14 Francis Drake, *The World Encompassed.* Reprint, Originally Published in London, 1854, p. 14.

15 *The Travel Diary of a Philosopher,* London, 1933, pp. 577-583.

16 Bernal Díaz del Castillo: *Op. cit.,* pp. 506-7.

17 Vespucio, *Op. cit.,* p. 149.

18 *Ibid.,* 150.

19 Cf. el excelente artículo de Marcel Bataillon: «Acerca de los patagones. Retractio», *Filología,* VIII (1962), 27-45.

cedente del nombre de los indios patagones [20], o del *Esplandián,* con su historia de las amazonas negras en el reino de Calafia, dando origen al nombre de California. Obras literarias posteriores también revelan su deuda con el Nuevo Mundo. Los investigadores han apuntado la relación entre el viaje de Jacques Cartier y el *Gargantúa y Pantagruel* de Rabelais [21]; es además cosa sabida que una de las inspiraciones de *Candide,* de Voltaire, fue la *La Florida* del Inca Garcilaso [22], y que el americanista Antonio de León Pinelo ilustró más de una vez a Lope de Vega con sus referencias sobre las Indias [23].

La larga tradición de escritores interesados por las leyendas geográficas y de los viajeros conocedores de la literatura de caballerías ha sido tema de un magnífico estudio de Irving A. Leonard, quien cita un texto de Bernal Díaz del Castillo que describe a México como un lugar «que parecía a las cosas de encantamiento que contiene el libro de *Amadís*» [24]. Según el biógrafo Prescott, también para Hernán Cortés: «Todo cuanto veían los españoles, era [...] nuevo y maravilloso, y no encontraban con qué compararlo más que con las cosas de encantamiento que cuenta el libro de *Amadís de Gaula*» [25]. En otro momento el conquistador pide «ventura en armas como el paladín Roldán» [26].

Vista por ojos europeos, América era un lugar fantástico y maravilloso. Viajeros e historiadores conciben las Indias como el paraíso. León Pinelo cree firmemente que el Edén está en la América meridional y que los cuatro ríos bíblicos son el Río de la Plata, el Amazonas, el Magdalena y el Orinoco [27]. Lo mismo supone Vespucio, que anota «cosas maravillosas de Dios y de la Naturaleza» [28]. Pedro Mártir de Anglería, el cronista cortesano, es más específico. Las islas del Caribe se transforman para este humanista culto en la Arcadia, y Jamaica se convierte en el Paraíso Terrenal, con cuyo barro Dios creó al primer hombre:

> Aquella apartada y escondida parte del mundo, en la cual Dios, criador de todas las cosas, creemos que se sacó del barro de la

---

20 Véase de María Rosa Lida de Maikiel: «Para la toponimia argentina: Patagonia», *Hispanic Review,* XX (1952), 283-89.

21 Bataillon, *Op. cit.,* p. 33.

22 Véanse las notas de Roger Petit a la edición de Classiques Larousse.

23 Cf. el prólogo de Agustín Millares Carlo a *El Epítome de Pinelo,* Unión Panamericana, 1958, p. XV.

24 Irving A. Leonard: *Los libros del conquistador,* México, 1953, p. 50.

25 William H. Prescott: *Historia de la conquista de México,* México, 1952, p. 125. El libro se publicó originalmente en 1843.

26 Bernal Díaz, *Op. cit.,* p. 110.

27 Cf. *El paraíso en el Nuevo Mundo. Comentario apologético, historia natural y peregrina de las Indias Occidentales,* Lima, 1943.

28 Vespucio, *Op. cit.,* p. 145.

tierra al primer hombre, los sabios de la antigua ley mosaica y los héroes de la nuestra, la llaman Paraíso Terrenal [29].

Las indias de esta Arcadia se tornan en ninfas y dríades hermosísimas «salidas de las fuentes de que hablan las fábulas antiguas» [30]. Para Fernández de Oviedo las montañas del Nuevo Mundo son más admirables y espantosas que Ethna o Mongibel, Vulcano y Estrongol» [31].

Cabe señalar una interesante desviación de esta norma mítica: Gonzalo Jiménez de Quesada, explorador del Magdalena y fundador de Bogotá, registra una experiencia muy distinta. Él es el primero en describirnos una suerte de Macondo prehistórico cuando al llegar a Santa Marta, hacia 1535, encuentra cuatro casas y una iglesia miserables [32]. Poco después, al emprender su expedición por el Magdalena, describe la ciénaga, los añegadizos, los vapores de miasma y la vegetación monstruosa y cruel que aniquila una gran parte de los soldados, premonición histórica de la novelesca expedición del viejo Buendía.

Ciertamente estas maravillas llenas de portentosas aventuras, tienen también sus monstruos. Oviedo machaca que las hazañas de los héroes griegos, las fábulas inventadas son «putería y hechicería de Medea» [33]. Porque ¿cómo comparar las novelas de caballerías con los hechos de los conquistadores? Su euforia imperialista alcanza vuelos retóricos inigualados:

> Callen —ordena— los pregoneros de Theseo aquel laberinto y su Minotauro, pues que sabida la Verdad, essas metáphoras reduçidas a historia çierta, son unas burlas y niñerías, si se cotejan y traen a comparación de lo que en estas Indias nuestras se ha visto [34].

Martín Fernández de Navarrete, que a principios del siglo XIX recopiló y publicó los viajes españoles, se quejaba de la fantasía poética de los descubridores, que superponían libros de caballerías y crónicas:

> En todos los tiempos las obras de la imaginación y del ingenio han contribuido a esclarecer la verdad de la Historia y aun a corromper las semillas de las buenas costumbres. Los libros de

---

29 Citado por Alberto M. Salas: *Tres cronistas de Indias,* México, 1959, p. 44.
30 *Ibid.,* p. 45.
31 *Ibid.,* p. 86.
32 Cf. de R. B. Cunningham Graham: *The Conquest of New Granada. Being the Life of Gonzalo Jiménez de Quesada,* Nueva York, 1967, p. 9.
33 Salas, *Op. cit.,* p. 82.
34 *Ibid.*

> caballerías disparatados en su composición, inverosímiles en sus aventuras, obscenos, extravagantes y perjudiciales en su doctrina, eran la admiración y el embeleso de las gentes que, gustando de lo maravilloso y extraordinario, no podían acomodarse a la narración verídica y a la incapacidad severa de la Historia... [35].

La referencia a las novelas de caballerías no es fortuita. Estos libros daban la medida de la grandeza de lo que transcurría ante sus ojos. ¡Cuánto se afligía Pedro Mártir, tan mesurado, de las fabulaciones de sus informantes! Él, relator de la conquista desde la Corte, se lamentaba del elogio ferviente y lleno de énfasis de los que volvían a España que «comparan —dice— los bueyes con los elefantes, los puercos a las mulas, pero hiperbólicamente» [36].

Al igual que estos escritores, García Márquez nos revela lo insólito del Nuevo Mundo con la fantasía de las crónicas y novelas. Recordemos cómo Melquíades descubre Macondo orientado por las aves, del mismo modo que Colón y otros navegantes se dejaban guiar para descubrir tierras desconocidas; según algunos historiadores de la náutica, antes de la invención y perfeccionamiento de la brújula, los marineros soltaban pájaros para que los condujeran a tierra [37].

Cuaderno de bitácora, pero también libro de aventuras que narra las hazañas de caballeros andantes. Como en las novelas de caballerías Aurelianos y José Arcadios, al igual que Amadises, Esplandianes y Palmerines son miembros de un linaje de héroes en países míticos. *Cien años de soledad,* además de crónica de América, es árbol genealógico de sus fundadores. El nombre mismo nos lo indica; a juzgar por la acepción que nos da Francisco J. Santamaría en su *Diccionario general de americanismos,* «macondo» es la forma vulgar con que se llama en Colombia a un árbol corpulento de las bombáceas, semejante a la ceiba. Cerca de una ceiba gigantesca, a las afueras de Macondo, muere el coronel Aureliano Buendía. El pueblo elegido representa el nacimiento y la evolución de América, tanto como el árbol genealógico de sus conquistadores y colonizadores. Úrsula y José Arcadio Buendía son los adelantados que llegan a fundar su estirpe en este lugar perdido en la ciénaga donde «el mundo era tan reciente, que muchas cosas carecían de nombre».

Otro escritor de América, Ezequiel Martínez Estrada, ya antes había concebido este hemisferio como un sueño, una tierra poblada de imágenes cuya amplitud le dan una impresión ilusoria; un continente mágico donde «el Nuevo Mundo, recién descubierto, no estaba

---

35 Martín Fernández de Navarrete: *Op. cit.,* p .11.
36 Salas, *Op. cit.,* pp. 37-8.
37 Martín Fernández: *Op. cit.,* pp. 283 y 433.

localizado aún en el planeta, ni tenía forma ninguna»[38]. Los adelantados que llegaban venían soñando, y se quedaban soñando quienes los despedían: América es sueño. En estas tierras descritas por García Márquez y su colega porteño, el hombre vive en soledad, aislamiento, rodeado de distancias, y la historia de los Buendía, con sus repeticiones de José Arcadios y Aurelianos, Úrsulas y Amarantas, es, como la de los caballeros andantes, la de una estirpe condenada a la soledad en un mundo mágico.

* * *

Concentrémonos ahora en la historia de Macondo, lugar perdido en algún punto de Hispanoamérica, y en la familia Buendía, a quien ronda el peligro de que algún descendiente nazca con cola de cerdo, como sucedió una vez en tiempos lejanos[39]. Según Úrsula, incluso el que no la tiene, como el coronel, es como si la tuviera.

Aunque el autor no da fechas y datos precisos y mezcla la historia y la geografía con la irrealidad lírica para confundir y evitar toda identificación, sí ofrece algunos indicios para reconstruir el pasado. A juzgar por su situación geográfica, Macondo estaría situado donde lo está Santa Marta, primera ciudad fundada en la Nueva Granada, en cuyo oriente se encuentra Riohacha, el pasado, y al sur la ciénaga. Santa Marta es también el lugar donde murió Simón Bolívar, representado en parte por el coronel, con quien comparte el interés de unificar las fuerzas federalistas de la América Central. Pero, la dislocación del tiempo hace que las guerras del coronel vayan desde la Independencia hasta finales del siglo XIX. Sus luchas representan todos los sobresaltos y calamidades que sobrevienen antes de la invasión yanqui. A los piratas británicos Drake y Raleigh suceden los buenos vecinos del Norte. Es preciso recordar que en Colombia, el imperio de la United Fruit se concentra sobre todo en Santa Marta, donde no sólo controla cosechas y trabajadores, sino ferrocarriles, barcos, viviendas y finanzas. Santa Marta tuvo el primer ferrocarril del país, del mismo modo que la compañía bananera traerá el primer tren a Macondo, «el inocente tren amarillo» que desconcierta al pueblo. La bananera, como su modelo la United Fruit, desquicia y destruye.

La novela escapa la tiranía del tiempo y tiende a la simultaneidad, entrecruzando épocas, personajes y situaciones. Sería aventurado, por tanto, arriesgar algunas hipótesis cronológicas. Según el autor la historia de Macondo acaba en 1928, año de su propio nacimiento. Una simple operación aritmética nos permite suponer que

---

38 Ezequiel Martínez Estrada: *Op. cit.*, pp. 18-20.

39 Recuérdese que el hijo de una tía de Úrsula, casada con un tío de José Arcadio había nacido con cola de cerdo.

el solitario siglo de Macondo se inicia hacia 1828. Claro está que si tenemos presente que José Arcadio y Úrsula se casan cerca de trescientos años después que el pirata Drake atacara y saqueara Riohacha, quizá en 1596, como ocurrió en la realidad, causando el estupor y consternación de la bisabuela de Úrsula, que asustada y temerosa se sentó sobre un fogón encendido, entonces los cien años de soledad los estaríamos viviendo todavía, pues no concluirían hasta dentro de algunos lustros. Por otra parte, ¡cómo no identificar la novelesca masacre de obreros en Macondo con aquella otra demasiado real que en 1928 dejó como saldo de 1.500 a 3.000 trabajadores muertos y heridos, que estaban concentrados en la plaza de una aldea en el distrito de Magdalena cerca de Santa Marta![40] Pero, todas estas hipótesis no son más que ocios de lector, pues ya sabemos de antemano que «Melquíades no había ordenado los hechos en el tiempo convencional de los hombres, sino que concentró un siglo de episodios cotidianos de modo que todo coexistiera en un instante» (p. 350).

Los capítulos no siguen una estructura lineal, sino que presentan varios relatos que entrelazan con saltos y retrocesos en el tiempo, la historia pasada de cada personaje. No hay orden cronológico ni lógico; el lector cumple la función del historiador, ordenados datos y vidas. Las primeras cinco partes describen la vida idílica de Macondo, su génesis. La pequeña población, «una aldea de veinte casas de barro y cañabrava construidas a la orilla de un río con aguas diáfanas», va creciendo y transformándose lentamente ante nuestros ojos. Macondo es un centro colonizado por peregrinos que vienen de fuera. Algunos, como José Arcadio y Úrsula, huyen del pasado; otros se les unen por afán de aventura, por variar la suerte. Todos serán la aristocracia futura.

A pesar de su aislamiento, las referencias al mundo exterior son constantes. Aunque de difícil acceso, un día llega a la aldea la tribu de Melquíades, orientada por el canto de los pájaros. Melquíades deslumbra a José Arcadio; habla de Macedonia, de civilizaciones lejanas. Ha muerto muchas veces y otras tantas vuelto a vivir, siempre naciendo y siempre anciano, como lo indica el nombre de su tribu: los nasciancenos, reminiscencia indudable del cosmógrafo de la Iglesia, San Gregorio Nazianzeno, muy citado por los cronistas[41]. Melquíades es el progreso; con él llegan las nuevas de invenciones y descubrimientos, ya antiguos al otro lado de la ciénaga, pero insospechados en Macondo, donde las cosas son anacrónicas y todo llega a destiempo. El gitano trae la lupa, el astrolabio, la alquimia,

---

[40] Véase el clásico libro de Charles David Kepner: *The Banana Empire,* Nueva York, 1935, pp. 328-29.

[41] El santo es muy citado por varios cronistas, cf. *El Epítome,* y de José de Acosta: *La historia natural...*, pp. 31 y ss.

y bajo su influjo, José Arcadio es seducido por el ansia de conocimiento y la fascinación de la ciencia. «En el mundo están ocurriendo cosas increíbles», le decía a Úrsula. «Ahí mismo, al otro lado del río, hay toda clase de aparatos mágicos, mientras nosotros seguimos viviendo como burros» (p. 15). José Arcadio, el patriarca, el fundador, que decide y ordena y lo hace todo a su imagen y semejanza, bajo cuya dirección se habían trazado las calles y convertido el pueblo en la gran aldea ordenada y laboriosa, se aleja cada vez más de este primer espíritu de iniciativa social. El viejo Buendía es arrastrado por la fiebre de los imanes, cálculos astronómicos, sueños de transmutación de metales, sed insaciable por conocer todas las maravillas del mundo. El buscador del progreso, se va separando de la realidad, cada vez más convencido de que la superioridad reside en el saber. Él quiere aprender de la naturaleza la forma de utilizarla para lograr el dominio total del universo. Poder y saber son para él sinónimos; conocer equivale a dominar. En sus manos la lupa se convierte en un arma de guerra, y compone un manual que envía a las autoridades con el fin de ponerlo en manos de los militares y adiestrarlos en «las complicadas artes de la guerra solar» (p. 11).

Melquíades, la ilustración, la ciencia, el conocimiento por el conocimiento mismo, intenta disuadirlo sin lograrlo. El laboratorio de alquimia se convierte en sus manos en una máquina de acuñar dinero: las monedas coloniales de Úrsula deben ser multiplicadas tantas veces como fuera posible subdividir el azogue (p. 14).

El descubrimiento del hielo lo hace pensar en transformar la geografía y el clima —construir casas de hielo, iglúes fantásticos en una zona tórrida que dejaría de ser un lugar ardiente para convertirse en ciudad invernal. El tema del hielo es una de las ideas centrales del libro: en el sueño de José Arcadio, Macondo es una ciudad de paredes de espejos helados. En Macondo, como en Hispanoamérica, todo es reflejo de la realidad, y sus moradores copian, buscan el progreso fuera, imitan, no crean. Todo ha sido siempre importado: primero por la tribu de Melquíades, más tarde por la compañía bananera que transforma el pueblo y lo hace «naufragar en una prosperidad de milagro» (p. 168).

Ansioso de progreso y ciencia, José Arcadio pide «el concurso de todos para abrir una trocha que pusiera a Macondo en contacto con los grandes inventos» (p. 16). Simbólicamente, ésta sería la ruta del Norte; el Oriente llevaba al pasado, a la antigua ciudad de Riohacha; al Sur estaba la ciénaga grande, y el Norte era «la única posibilidad de contacto con la civilización» (p. 17). La temeraria aventura de José Arcadio los condujo a un lugar donde «el mundo se volvió triste para siempre» (p. 17). Allí encuentran un paraíso de humedad y silencio, anterior al pecado original, donde las botas se hunden y los machetes destrozan lirios sangrientos y salamandras

doradas. Con los pulmones agobiados por un sofocante olor de sangre, totalmente pendientes de la brújula, una mañana encuentran un galeón español, símbolo de la colonia. Macondo, Hispanoamérica, es una colonia solitaria, y lo que es peor, es una isla. El grito de José Arcadio «¡Carajo! Macondo está rodeado de agua por todas partes» (p. 18) nos remonta al antiguo concepto renacentista de isla *versus* continente. Para los primeros navegantes, continentes eran sólo aquellas tierras dentro del *orbis terrarum* —Europa y el Mediterráneo [42]—. Continente tenía entonces una acepción exclusivamente cultural e histórica, no geográfica. El Macondo insular no pertenece, pues, a Occidente; no es parte del mundo europeo, sino un lugar aislado, incapacitado de alcanzar el progreso que viene del Norte, donde hay tranvías, correo y máquinas. ¡Sin duda es una tierra sin sentido que nació mal! Sólo ha despertado desenfrenadas codicias, ya desde la conquista. Cuán lastimeramente exclamaba el bueno de fray Bartolomé que en este indiano orbe todo eran plagas y muertes:

> ¡Cuántos daños, cuántas calamidades, cuántas iacturas, cuántas despoblaciones de reinos, cuántos cuentos de ánimas [...], cuántos y cuán inexpiables pecados se han cometido, cuánta ceguedad y tupimiento de conciencias! [43]

Será Úrsula quien encuentre el camino al mundo exterior. Después de desaparecer cinco meses, regresa con «hombres y mujeres como ellos, de cabellos lacios y piel parda, que hablaban su misma lengua y se lamentaban de los mismos dolores». Irónicamente, «venían del otro lado de la ciénaga, a sólo dos días de viaje, donde había pueblos que recibían el correo todos los meses y conocían todas las máquinas del bienestar» (p. 38).

Al regreso de Úrsula azota la peste del insomnio que produce el olvido, y hace que cada personaje vea los sueños de los demás. La alegoría es clara, Macondo, América, es espejismo, sueño; todo se repite en círculo constante. Los Arcadios y los Aurelianos son siempre los mismos, unidos, como los gemelos de Arcadio y Santa Sofía de la Piedad, confundidos hasta en la muerte. El tiempo da siempre vuelta sobre sí mismo. La historia de la familia es un engranaje de repeticiones irreparables, una rueda giratoria que se va desgastando progresivamente. Úrsula lo reitera varias veces: «Es como si el tiempo diera vueltas en redondo y hubiéramos vuelto al principio» (pp. 169, 192, 285). América es una tierra anacrónica, un viaje al revés del tiempo. Una vez más García Márquez coincide con Martí-

---

[42] Cf. de Wilcombe E. Washburn: «The Meaning of the 'Discovery' in the Fifteenth and Sixteenth Centuries», *American Historical Review,* LXVIII (1962), 1-21.

[43] *Historia de las Indias,* México, 1965, 2.ª ed., I, pp. 12-13.

nez Estrada, cuando éste explica el descubrimiento diciendo: «Cada día de navegación las carabelas desandaron cien años. El viaje se había hecho a través de las edades, retrocediendo de la época de la brújula y la imprenta a la de la piedra tallada» [44]. El continente es una tierra vieja donde no ocurre nada nuevo, y sólo se reproducen con variantes personales muchas historias que ya se olvidaron [45].

La repetición de nombres, los cruces de familias se deben a una sexualidad intensa, a la cual no le falta su nota de humorismo. García Márquez explota situaciones dramáticas mostrando siempre el envés ridículo: la abuela de Úrsula se sentó sobre un fogón encendido y huele a chamusquina; Úrsula y José Arcadio viven un año juntos y ella continúa virgen por temor a procrear un hijo con cola de cerdo; José Arcadio I tiene un sexo descomunal. Los impulsos eróticos desviados de esta familia se proyectan al mundo de la fantasía: Rebeca come tierra para reprimir sus apetitos sexuales; Amaranta teje y sueña con su sobrino; Arcadio está atraído por su propia madre; Remedios la Bella no comprende nunca por qué las mujeres se complicaban la vida con corpiños y polleras, y se cose un camisón de cañamazo que se mete por la cabeza, dando siempre la impresión de estar desnuda, «que según ella entendía las cosas, era la única forma decente de estar en casa» (p. 199). Aureliano José se lanza a la guerra para olvidar la obsesión de Amaranta; allí descubre que un hombre se había casado con una tía «que además era su prima, y cuyo hijo terminó siendo abuelo de sí mismo». Animado, pregunta a un viejo combatiente si es posible casarse con una tía:

> No sólo se puede —le contestó un soldado—, sino que estamos haciendo esta guerra contra los curas para que uno se pueda casar con su propia madre (p. 132).

Pero todas estas experiencias y búsquedas no logran unir a la familia; la estirpe se consume después de agotar las posibilidades humanas. El de Macondo es un mundo que se fecunda por autogénesis, y se destruye por autofagia.

Pero ¿puede extrañar esta sexualidad libre y este canibalismo? Ya sabemos, por los navegantes, que los indígenas americanos iban desnudos como nacieron sin tener vergüenza, lo cual hizo exclamar al pudibundo y cauteloso Vespucio que «si hubiese de contar cuán poca vergüenza tienen sería entrar en cosas deshonestas, y es mejor callar» [46].

---

44 Ezequiel Martínez Estrada: *Radiografía...*, p. 83.
45 *Ibid.*, p. 103.
46 Vespucio, *Op. cit.*, p. 111.

Aunque en el fluir de la obra la aldea cambia y la historia se complica con los nuevos Buendía, la febril actividad del pueblo, sembrado de acacias y almendros, deja vislumbrar lo que ocurrirá más adelante, con otra nueva colonia, esta vez más grave: el imperialismo norteamericano representado por la compañía bananera, conocida en la realidad como la United Fruit Company. La invasión tumultuosa e intempestiva de forasteros precedidos por el gringo Mr. Herbert todo lo desquicia y transforma, pero...

> ... nadie sabía aún qué era lo que buscaban, o si en verdad no eran más que filántropos, y ya habían ocasionado un trastorno colosal, mucho más perturbador que el de los antiguos gitanos, pero menos transitorio (p. 197).

Bajo el dominio de la compañía bananera, Macondo será «un campamento de casas de madera y techos de zinc» (p. 40), muy lejano del pueblo próspero y bien encaminado que fundara el primer Buendía. José Arcadio Segundo nos da otra versión de la misma historia; a Macondo «lo desordenó y lo corrompió y lo exprimió la compañía bananera, cuyos ingenieros provocaron el diluvio como pretexto para eludir compromisos con los trabajadores» (p. 295). Al final nada es verdad. Nadie recuerda al coronel y la compañía bananera no había existido nunca; los últimos sobrevivientes quedan a la deriva en la resaca de un mundo concluido, del cual sólo queda la nostalgia (p. 328). Sobre aquella tierra inmensa se alzó una realidad imposible de modificar, y al final se destruyó la obra precaria de los hombres —casas y estirpes desaparecen—. Las cosas posaron sin arraigo, y nunca ocuparon su verdadero lugar. Ni el desaforado apetito sexual logra que el hombre se quede, porque siempre termina en tragedia y en la soledad final.

El Macondo feliz es el prehistórico, es decir el precolonial. Aislado del Oriente donde se encuentra Europa y del cenagoso Sur americano y sometido a las leyes del progreso que vienen del Norte anglosajón, todo se desquicia. El mundo fecundado por los inventos de José Arcadio, las guerras del coronel Aureliano Buendía, la compañía bananera, la masacre de obreros, la lluvia que dura cuatro años, once meses y dos días, provocan su propia extinción.

Poco queda ya de la crónica de los Buendía y de Macondo. Leemos el libro que escribió Melquíades, que como en los libros de caballerías desempeña la doble función de cronista y nigromante [47], por el cual desfilan los descendientes del viejo patriarca. Los

[47] Hay ciertos rasgos comunes entre *Cien años* y las novelas de caballerías. En éstas el relato se basaba a menudo en algún antiguo pergamino que el autor pretendía haber descubierto y traducido, dando así la impresión de que los sucesos derivaban de un documento histórico. El manuscrito solía estar escrito en lenguas exóticas que eran muy difíciles de descifrar. Los encantado-

José Arcadios son impulsivos y emprendedores, marcados con un signo trágico; los Aurelianos, retraídos pero de mente lúcida y penetrante. Los primeros, trotamundos insaciables, los otros, artistas que labran pescaditos de oro en un laboratorio de alquimia, que en sus manos es taller de artífices. Ese cuarto que alberga también los pergaminos de Melquíades es un lugar desvencijado y sucio a los ojos de los José Arcadios y limpio y arreglado para los Aurelianos.

Y será también de un Aureliano con una Amaranta, mujer emancipada y decidida, criada en Europa, que nacerá el hijo con cola de cerdo que pone fin a la estirpe. Este último Aureliano, apodado «Babilonia» por el autor, será quien descifre los centenarios papeles del sabio Melquíades, crónica de seres solos, abandonados a sí mismos, incapaces de integrarse a la vida. Al leer su propia historia y reconocer su estirpe, Aureliano Babilonia sabe que no llegará nunca al verso final, pues la epopeya de los Buendía...

> ... sería arrasada por el viento y desterrada de la memoria de los hombres [...] y todo lo escrito era irrepetible desde siempre y para siempre, porque las estirpes condenadas a cien años de soledad no tenían una segunda oportunidad sobre la tierra (p. 351).

En una entrevista que le hizo M. Fernández Braso, García Márquez explicaba que la mejor novela es la que «no sólo inquieta por su contenido político y social, sino por su poder de penetración de la realidad; y mejor aún si es capaz de voltear la realidad al revés para mostrar cómo es del otro lado» [48]. El suyo, explica, es un sistema de explotación de la realidad sin prejuicios realistas. Y *Cien años,* añade, es obra de liberación. ¿Cómo no había de serlo? El mundo americano es un mundo sin sentido que nació mal. Los que como José Arcadio buscan la ruta del Norte anglosajón en aras del progreso y la utilidad, sólo nos conducirán a la opresión de especuladores y capitalistas que, como en *La hojarasca,* nos exprimen. Su única herencia es, si no naufragar en una prosperidad de milagro, quedarse con «los desperdicios de los desperdicios»...

> ... aldeas arruinadas, con cuatro almacenes pobres y oscuros, ocupados por gente cesante y rencorosa, a quien atormentaba el recuerdo de un país próspero y la amargura de un presente agobiado y estático.

---

res y sabios que figuran en las historias de los Amadises tienen el doble carácter de historiadores y brujos.

[48] M. Fernández Braso: *Gabriel García Márquez. Una conversación interrumpida,* Madrid, 1969, p. 65.